

falsos, cuya memoria debía ser reprobada, y para distinguir muchas tradiciones falsas de las que no lo son.

No bastaba que la Iglesia hubiera puesto un dique para contener el torrente de las tradiciones populares, si tambien no hubiera purgado sus libros de las que se habian introducido en ellos por la infelicidad de los tiempos y por el descuido de los que formaron las Oraciones que se rezan en la Iglesia: y esto es lo que se executó sabiamente desde los primeros siglos. El segundo Concilio Milevitano celebrado en el año de 416, manda en el Canon 12 que se digan las Preces, las Oraciones, las Misas, los Pre-facios, las memorias y las imposiciones de manos que se hubieren aprobadas en un Concilio. Prohibe que se rezen otras en la Iglesia, sino las que están formadas por hombres sabios, y aprobadas en un Sinodo, no sea que por descuido ó por ignorancia se haya introducido alguna cosa contra la Fe. (1)

La misma precaucion se usó en los siglos siguientes, especialmente en los últimos, en que se ha puesto mayor cuidado para desterrar de los libros Eclesiásticos una infinidad de tradiciones falsas y rumores populares que se habian introducido en el tiempo de la barbarie. Tenemos un bello reglamento contra este asunto en el Concilio de Sens celebrado el año de 1528, en el qual se manda á los Obispos que examinen con cuidado los Breviarios, los Misales, los Antifonarios y las leyendas de los Santos, para que se les quite lo que se hallare ser inútil ó que no conviene á la dignidad de la Iglesia, y se les añada lo que juzgaren á propósito. (2) El Concilio de Colonia del año de 1536 hizo un Decreto muy semejante al de Sens. (3)

Después del Concilio Tridentino se dedicaron las Iglesias particulares á expurgar los libros Eclesiásticos destinados á su uso. Apenas hubo mandado este Concilio que se trabajara á la correccion del Breviario, del Misal y demas libros destinados al uso de la Iglesia, quando en Francia y otras partes se tuvieron muchos Concilios Provinciales en que se formaron reglamentos para purgar estos libros Eclesiásticos de todo lo que desdecia á la gravedad de las Oraciones de la Iglesia. El año de 1583 se celebraron tres Concilios, uno en Rheims, otro en Burdeos y otro en Tours. Antes de estos se habia celebrado uno en Ruan el año de 1581, cuyo Decreto parece muy juicioso. (4) Paso en silencio los Concilios Provinciales de Bourges,

(1) *Placuit etiam & illud ut preces vel orationes seu Missae quae probatae fuerint in concilio, sive praefationes, sive commendationes, seu manus impositiones ab omnibus celebrentur. Nec aliae omnino dicantur in Ecclesia, nisi quae à prudentioribus tractatae vel compositae in Synodo fuerint; ne forte aliquid contra fidem, vel per ignorantiam, vel per minus studium sit compositum.* Conc. Milev. cap. 12.

(2) *Diocessani statim post dissolutum praesens Concilium diligenter visitabunt Breviaria, Missalia, Antiphonalia, ac Sanctorum legendas, & quae deprehenderit in illis superflua, aut non satis pro Ecclesiae dignitate convenientia, ipsi continuo tollent, & rescabunt, & quae viderint necessaria adicient.* Conc. Senon. cap. 21.

(3) *Videbimur enim opere pretium sacularum si Missalia perinde atque Breviaria pervideri curemus; ut amputatis tantum superfluis, & quae superstitiosius inventa videri possunt, ea tantum quae dignitati Ecclesiae, & praevis institutis consentanea fuerint relinquamus.* Conc. Colon. cap. 11.

(4) *Hortamur nostrae Provinciae Episcopos, ut diligenter inspiciant, & examinent suarum Dioecesium preculas horarias, Breviaria, Missalia, Agendas seu Manualia Curatorum, atque alios libros Eclesiasticos, ac caeremonias, ne quid contineant con-*

de Narbona y otros, que hicieron unos Decretos poco mas ó menos como el de Ruan. Estos son los medios que ha usado la Iglesia en todos tiempos para impugnar las tradiciones populares, detener su curso, limpiar de ellas los libros Eclesiásticos, y distinguir las de las piadosas creencias de los Fieles que tienen un carácter muy diferente.

## DISERTACION SEGUNDA.

*De las máximas que los Sabios han puesto en práctica para separar la verdad de la fábula en las Actas de los Mártires, en las Vidas de los Santos y en muchas prácticas santas.*

### ARTÍCULO PRIMERO.

*Del plausible designio de los Críticos de nuestros dias que emprendieron purgar la Historia de la Iglesia de los errores populares y de las falsas tradiciones.*

#### §. I.

*Como han executado este proyecto.*

**N**O se pudiera formar un proyecto mas ventajoso para la república de las letras, ni mas útil para la Iglesia, que el emprender descubrir aquel tropel de tradiciones populares, de milagros falsos y de historias fabulosas que se hallan en las Actas de los Mártires antiguas y en las Vidas de los Santos.

Si un sabio Prelado manifestó un justo enojo contra los Escritores que contribuyeron á estos desórdenes, y si no hay cosa mas conforme á razon que la nueva que Vives da de esto: tampoco hay cosa mas digna de alabanza y que merezca mas agradecimiento, que el zelo de los sabios Críticos de nuestros dias, que consagraron sus desvelos á limpiar la Historia Eclesiástica de tantos hechos supuestos, y de tantas prácticas mal fundadas ó supersticiosas, que la ignorancia de los Pueblos, la credulidad de los devotos, la malicia de los Hereges, ó el falso zelo de los Escritores Católicos habian introducido en ella.

Mas para executar este gran designio se habian de evitar tres peligros escollos en que los mas de estos Sabios han caído. El primero es la política y la delicadez mal entendida, el segundo la sencillez demasiadamente crédula, que la ignorancia de los Pueblos, la credulidad de los devotos, la malicia de los Hereges, ó el falso zelo de los Escritores Católicos habian introducido en ella. Ellos tuvieron por necesario conservarlo en todas las opiniones

*triarum doctrinae Catholicae, aut veris historiis Sanctorum, aut sortilegiis affine, aut aliquid quod ad aedificationem Ecclesiasticae disciplinae & morum pietatem non pertinet.* Conc. Rothomag. capite de cultu Divino.



que habia adoptado con nombre de Religion, temiendo desquiciar lo sólido, impugnando lo frívolo.

Estos políticos tímidos no se atreven á profundizar: parece que temen conocer la antigüedad y que quieren hacernos creer que siempre se ha vivido como ahora se vive; como si tal vez pudiera ser útil engañarse, ó si la verdad pudiera llegar á ser falsa á fuerza de examinarla.

Los Escritores demasíadamente crédulos, pero flacos y escrupulosos, no estaban en estado de oponerse á aquel tropel de fábulas fortificadas con las preocupaciones de la niñez. Como respetan hasta la sombra de la Religion, temen siempre que no creen bastante: Ellos vinculan una parte de la piedad en creer todo lo que escribieron unos Autores Católicos, y todo lo que cree el pueblo mas ignorante; pero la piedad sólida consiste en amar la piedad y la pureza de la Religion.

Los sabios Críticos eran sin duda los mas propios para acertar en esta empresa, si los mas no hubieran caído en el precipicio á que se arrojaron los Protestantes que extendieron la crítica hasta no dexar cosa cierta. Se puede decir, con vergüenza de la Religion, que la fatal emulacion de parecer sabios ha arrastrado á algunos Católicos á este exceso: no se atreven á creer ni milagros ni visiones, de miedo de parecer muy sencillos, y de que los envuelvan en la multitud del pueblo crédulo y muchas veces supersticioso.

En estos últimos tiempos se han dexado ver muchos Sabios tan juiciosos como moderados, que se lisonjearon de haber evitado todos estos excesos: quiero decir, la política tímida de los primeros, la credulidad escrupulosa de los segundos, y la crítica exórbitante y desdeñosa de los terceros. Ellos han trabajado en desenredar la Historia, en rectificar los hechos, en desmascarar los Autores, en separar el grano de la paja y la luz de las tinieblas: esto es, en establecer la verdad, impugnar las fábulas y reproducir el buen gusto.

Basta poner la vista en los Prefacios que se hallan á la frente de las obras de estos hábiles Críticos, para conocer la rectitud de su intencion: quando emprendieron escribir sobre la Historia de la Iglesia, hubieran faltado algo á su zelo y á la idea que se habian propuesto, si se hubieran ceñido á establecer la antigüedad de la Religion, que ha subsistido sin interrupcion por una série continua de Pueblos fieles, de Pastores y de Ministros, y por una dichosa sucesion de doctrina, de disciplina y de buenas costumbres; ó si no se hubieran propuesto mas fin que excitarnos á la piedad y á la práctica de la virtud con el exemplo de tantos Mártires y Santos; hubiera faltado algo á su zelo, vuelvo á decir, y á su idea, si se hubieran descuidado en limpiar la Historia Eclesiástica de las ficciones y de las fábulas que la desfiguran, y en desengañar á los Fieles de una infinidad de cuentos y de errores populares acerca de algunos usos antiguos de las Actas de los Mártires; de las Vidas de los Santos, de los milagros y de las reliquias. Todos estos Sabios están persuadidos de haber desenredado felizmente este grande caos, que pretende ser este el glorioso fruto de sus penosas tareas. Oigamos á estos Señores.

Podemos esperar, dicen, que las personas mas sencillas y que ménos se precian de ciencia, agradecerán á los Sabios lo que trabajan en examinar ciertos usos antiguos, y las historias de los Santos que merecen ser desechadas como apócrifas, pues por este medio las buenas se hacen mucho mas ciertas; y quanto este discernimiento es mas exácto, tanto es mas útil para la Iglesia. Ellos protestan tambien, que la obligacion que se han im-

Holl. tom. 4. Majj  
759 483.  
B. in. Advert. art. 6.

puesto en el servicio que intentaron hacer á la Iglesia, fue quitar á sus obras lo que es visiblemente falso. Si los hemos de creer, solo intentaron escribir para las personas que tienen Fe, buen juicio y amor á la verdad; que leen para aprender unas verdades útiles y mejorarse; que quieren conocer el Christianismo grande y sólido como él es, y separar del todo lo que la ignorancia y la supersticion han querido mezclarle de quando en quando. En fin, ellos defienden que sin faltar al respeto á las tradiciones, se puede averiguar quales son dignas de crédito, y que aun se debe hacer así, só pena de faltar al respeto debido á las verdaderas, mezclándolas con las falsas; porque de lo contrario, las fábulas que tarde ó temprano se descubren, darian motivo para desconfiar de todas, e impugnar las mas bien fundadas.

Debemos agradecer á estos Sabios que hayan empleado tan constantemente sus desvelos en desengañar á los Fieles de muchos errores viejos, y en purificar la Historia de tantas relaciones fabulosas, tantos milagros supuestos y tantas reliquias sospechosas. No se puede alabar bastante el trabajo y el zelo de estos hábiles Críticos. Ellos se pueden prometer que su erudicion y sus gloriosos trabajos pasarán á los siglos venideros, y que aun la misma Iglesia no podrá dexar de reconocer que ella no les es ménos deudora que la república de las letras, si la execucion corresponde á sus promesas y á la esperanza del público, y si no han excedido los límites que se prescribieron.

## §. II.

*Los Sabios en la execucion de su designio pasaron mas allá de lo que se habian propuesto. Quejas del público sobre este asunto.*

YO no sé si estos Sabios salvaron todo el grano bueno quando solo quisieron arrancar la zizaña, si envolvieron muchos usos santos con los rumores populares, y si acertaron bien á distinguir el error, la fábula y la mentira, de la creencia piadosa, la dudosa y la probable: á lo ménos es muy cierto que estas son las repetidas quejas que se oyen por todas partes, y aun parece que nuestros ilustres Críticos, lejos de negarlo, hacen gala de ello. Si no tienen nada que reprehenderse acerca de esto, ¿para qué han procurado prevenir las acusaciones del público? M. de Tillemont se explica de esta manera: Podrá ser, dice este grande hombre, que algunas personas piadosas crean, que quando queremos trabajar en aumentar la piedad, la destruimos, y que arruinamos el fruto que se debe sacar de las Vidas de los Santos, quando hacemos que se tenga por falsa é incierta una parte de lo que ántes solian contener, y haciéndolas inciertas todas con esto para aquellos que no tienen las luces y los conocimientos necesarios para distinguir las verdaderas de las falsas.

Hay muchas apariencias de que el Abad Fleuri habia conocido que quizá se le pudiera reprehender el haber extendido demasiado la hoz, quando dice hablando de su excelente Historia Eclesiástica: «Yo percibo que esta Historia no agrada á los entendimientos pequeños aferrados á sus preocupaciones, y siempre dispuestos para condenar á los que pretenden desengañarlos, apartando sus oídos de la verdad para volverlos á las fábulas, buscando unos Doctores segun sus deseos.

M. Baillet usó de la misma precaucion en sus advertencias. Es de temer, dice, que estas advertencias sean inútiles para ciertos zelosos, ó para unos entendimientos preocupados, que quisieran que se tuviera por un

Tom. II.

C 2

Fleuri, Pref.

Advertencia.

Prefacio.

Advert. art. 18.



atentado, ó por una temeridad digna de castigo, la libertad que nos hemos tomado de quererlos conducir mas allá de sus tradiciones y preocupaciones.

Si estos Señores no emprendieron mas que sostener la verdad y combatir la mentira, ¿para qué son tantos miramientos? ¿Acaso deben embarzarse por las vanas quejas de un Pueblo ignorante? La Iglesia y los Prelados, que en todos tiempos le han arrebatado de las manos tantas Vidas de Santos fabulosas y tantas reliquias supuestas, no han usado de tanta circunspeccion. Ellos lo desengañaron de los falsos prodigios, que era la materia de su admiracion, y le quitaron muchas prácticas, costumbres y errores viejos que lo podian llevar á la ilusion, ó enredarlo en un culto supersticioso, sin temor de irritarlo y de desagradarlo.

Asi como siempre es peligroso tolerar el error, asi tambien es tanto mas provechoso combatirlo á cara descubierta, quanto el Pueblo grosero é ignorante lo abraza con menos circunspeccion. Estamos persuadidos de que el Abad Fleuri tendria unas razones muy buenas para seguir un método totalmente opuesto. Me parece que el mejor medio, dice este hábil Historiador, para combatir los errores inocentes, es no exágerarlos. Yo no quisiera jamas, quando predico ó quando escribo, afirmar unos hechos que no creyera verdaderos, aunque pasen por tales entre el Pueblo; pero tanto poco quisiera combatirlos públicamente sin necesidad.»

Prefacio.

Desde luego que un Escritor consagre sus vigilias al servicio de la verdad, ó que emprenda predicarla á los Pueblos, contrae una obligacion indispensable de declarar una guerra abierta á la fábula y á la mentira; y extrañamos que la critica de este sabio Abad se muestre tan tímida en este Prefacio, quando en todas las demas partes tiene un ayre algo mas severo y menos fácil á la condescendencia. Lo cierto es, que la Iglesia y los Prelados nunca tuvieron semejantes complacencias en los errores inocentes del Pueblo.

No se verá que jamas haya permitido la Iglesia á los Fieles que sigan unas prácticas supersticiosas, ó ciertamente erróneas, sin impugnarlas y destruirlas públicamente. Si en alguna ocasion dilató por algun tiempo la censura, fue porque quiso esperar que madurara el fruto, digámoslo así, para que se cayera sin violencia. La misma precaucion ha tenido respecto de los milagros y de las reliquias dudosas; pero no sé yo que se halle un exemplo de que los Prelados de la Iglesia no se hayan opuesto generosamente á los prodigios falsos, á los usos supersticiosos y á las reliquias supuestas, una vez convencidos de su falsedad. Ellos han despreciado las quejas injustas del Pueblo, que se han acallado por sí mismas luego que no se ha hecho caso de ellas. No tenemos exemplo que yo sepa, ó que no sea muy raro en la Historia de la Iglesia, de que el Pueblo se haya encaprichado en honrar, por exemplo, las reliquias de tal Santo, una vez que la Iglesia le haya prohibido su culto.

Tillemont, Baill.  
Fleuri.

Nuestros Criticos nos dicen en mil lugares, que nunca es útil el engañarse; que la verdadera piedad consiste en amar la verdad y la pureza de la Religion, y que la verdad es nuestro camino y nuestra vida, y no los errores de los hombres, ni las ficciones de los impostores. Ellos añaden tambien, que nuestra piedad, como tantas veces lo repite San Agustín, no consistió en la ilusion y la mentira, porque esto la hiciera degenerar en supersticion. Esto supuesto, es de extrañar que estos Señores hayan procurado prevenirse contra las quejas frívolas de la multitud, como si le hubiera hecho algun agravio en trabajar para instruirle en desenredarle la verdad

de la mentira, y en desengañarla de sus viejos errores: una empresa tan gloriosa les deberia merecer la estimacion de los hombres de bien, de los Sabios y de toda la Iglesia.

Pero yo recelo mucho que nuestros sabios Historiadores estén persuadidos con algun fundamento de que no se quejarían porque hubieran proscrito los errores populares, sino mas bien porque han desquiciado muchas prácticas santas y tradiciones piadosas con el pretexto de reformar la Historia, y de no dexar en ella cosa que no estuviera correcta. En efecto, si se ha de juzgar por los rumores que corren en el mundo, este es el motivo de las justas quejas, no digo de la multitud, sino de las personas piadosas que tienen algun zelo de la Religion, de los hombres sabios en quienes no ha hecho impresion alguna el amor de la novedad; en fin, de los Prelados y de todo el Pueblo sabio, á excepcion de unos pocos que parece que hacen gala de separarse de la multitud. No se quejan pues, de que estos Sabios han dexado correr toda la fuerza de su profunda erudicion para oprimir y para destruir el error, la fábula y la ilusion; sino de que pretenden privar, dicen, el culto de los Fieles de muchos objetos tiernos, cuya memoria fomenta en alguna manera su devocion, y la hace menos ceñida por la variedad de las piadosas ideas que recibieron con la leche del Cristianismo.

Nos hubiéramos alegrado de que hubieran limpiado acertadamente la Historia de todo lo que puede hacerla sospechosa, y de que con las luces de su critica severa hubiesen disipado todos los motivos y fomentos de la devocion desordenada ó ignorante, de suerte que ya no se hablara á los Fieles de milagros supuestos, y que ya no hubiera ninguna reliquia dudosa, ni práctica alguna de piedad que no estuviera bien fundada, ni suceso ninguno Eclesiástico que no estuviera bien atestiguado.

Este trabajo es, dicen, el que no sería menos útil á la Iglesia que á la república de las letras: yo no sé porqué envolvieron tantos usos santos y tantas creencias inocentes con la fábula y la supersticion, ni porqué extendieron su zelo contra las piadosas tradiciones, que no admitimos como ciertas é infalibles, sino como que tienen mucha verisimilitud y tanta probabilidad como una infinidad de hechos históricos de que ellos llenaron sus escritos, y que hacen la mayor parte de ellos.

Este es el verdadero motivo de las justas quejas de los Fieles, y de las personas piadosas. Es razon, dicen, que nos arrebatan de las manos tantas Actas de Mártires antiguos, y tantas Vidas de Santos, con el pretexto de que ha habido impostores que supusieron algunas, y que se nos prive de tantos milagros y reliquias cuyo culto parece muy razonable, porque ha habido falsos devotos? Es justo suprimir tantos hechos históricos, usos antiguos, prácticas piadosas que la Iglesia aprueba, á lo menos tácitamente, y que ella nos propone en los libros que usa, porque estas cosas no son necesarias para la salvacion, aunque no las miremos mas que como unos medios para excitarnos á la devocion y animarnos á la práctica de la virtud?

En fin, tendríamos motivo para consolarnos (y está es la queja mas viva de los hombres de bien) de que nos privaran del uso de estas cosas, y aun abandonaríamos de buena gana este sagrado depósito que nos confiaron nuestros Padres, si estos sabios Criticos tomaran el trabajo de desengañarnos con unas razones sólidas, y de persuadirnos con unas buenas pruebas, que todas estas piadosas tradiciones son falsas y supuestas, y que no deben tener lugar sino entre los errores populares.



Dexemos aquí estas quejas de los devotos. Si ellas son ajenas de razón, nos podemos prometer de la erudición de estos Señores que ellos harán ver su injusticia; y si ellas merecen alguna atención, ellos son hombres de tan buena fe, que no las despreciarán sin dar cuenta al público de su conducta.

En lo demás yo estoy muy persuadido de que ellos no han formado el proyecto de proibir las tradiciones piadosas sin estar bien fundados para ello. Ahora se trata pues de averiguar si el fruto de su trabajo es tan sensible como ellos se lo habían prometido. Para juzgar de ello no es menester mas que atender al modo con que han executado este gran designio, y examinar las reglas que establecieron para no engañarse en el discernimiento entre las verdaderas historias y las fábulas, y para distinguir de las unas y las otras los hechos que se quedan en los límites de la probabilidad y de la verisimilitud, que media entre la certeza y la falsedad, la verdad y la mentira, las historias sinceras y seguras, y los rumores y errores populares.

### ARTICULO SEGUNDO.

#### *Regla general para purgar de las fábulas la Historia Eclesiástica.*

*No se debe admitir hecho histórico que no esté atestiguado con el testimonio de Autores contemporaneos ó quasi contemporaneos.*

#### *Consequencias fatales de este principio.*

**E**STA regla, que es el fundamento sólido de la Crítica para todo género de materias en que exercere su jurisdicción este grande arte, sirve de principio infalible á nuestros sabios Críticos para separar las tradiciones falsas de las verdaderas; disipar las tinieblas de los falsos devotos acerca de la creencia de los milagros, de las reliquias, de las revelaciones, y de muchas prácticas dudosas ó mal fundadas, y como de piedra de toque para conocer las Actas de los Mártires y las Leyendas de los Santos que no están bien castigadas.

Todos los Sabios concuerdan en la necesidad de este principio para el uso de la Crítica; pero no convienen todos en el tiempo que se debe dar á los Autores que atestiguan las cosas para que su testimonio haga una buena prueba. M. Dupin y el Abad Fleuri defienden, que se debe despreciar todo lo que afirma un Autor moderno sin apoyarlo con el testimonio de un Escritor antiguo que haya vivido en el tiempo en que sucedió la cosa, ó á lo menos poco despues. Otros, cuyos pasages hemos referido, fixan este tiempo á tres ó quatro generaciones, otros á cien años, y otros á doscientos años poco mas ó menos.

Para que el testimonio de un Autor contemporaneo haga prueba, se ha de averiguar si es digno de fe, si manifiesta vanidad, poco discernimiento, odio, interés, ó alguna otra pasión que pueda minorar su autoridad, y si tiene las buenas calidades del corazón y del entendimiento que se requieren en un Autor para que se le dé crédito, como la sinceridad, la exactitud, el desinterés, la probidad y las demas calidades personales que individuamos con extension en otra parte.

De la Doctr. Christ.  
Lib. 20, pág. 639,  
y 641.  
Fleuri Hist. Eccles.  
Pref.  
Tom. 1. dis. 2. part.  
2. art. 5.

Ibid. art. 6.

### §. I.

*Este principio hace sospechoso todo lo que los Historiadores antiguos y modernos nos dicen de la Historia del Viejo Testamento, que no está escrito en la Biblia.*

**N**ADIE me negará que Josefo, que nos ha dado la Historia de los Judíos baxo el título de Antigüedades Judaicas, insertó en esta obra muchas cosas que no se hallan en la sagrada Escritura. Aunque él protesta escribir exactamente la antigüedad de su nación, la forma de aquella república, y la historia de cinco mil años contenida en las Escrituras sagradas, y que añade que seguirá el orden que se observa en los libros sagrados, sin añadir ni disminuir nada; con todo, sabemos que este Escritor no solamente omitió muchas cosas que están en la Biblia, sino que tambien, y esto es lo que hace para mi asunto, insertó unas circunstancias y unas historias de que no se hace mención en el sagrado texto. ¿No sabemos que Josefo no da fiadores de los mas de estos hechos históricos, y que ni aun se podrían señalar Escritores contemporaneos ó originales para autorizar lo que este sabio Judío añadió al texto de la Biblia? Y con todo, ¿quien hasta ahora se ha atrevido á poner entre las fábulas tantas adiciones, aunque no estén tan atestiguadas como exige la grande máxima de nuestros grandes Críticos?

¿En qué parará la Historia de Orosio, los Anales Eclesiásticos de Salliano, de Torniel y de M. Sponde; la Biblioteca sacra del Viejo Testamento de Schotano; la Historia santa del Antiguo y Nuevo Testamento del P. Talon; la Historia del Viejo Testamento de M. Andilly, y generalmente todas las obras de los demas Escritores que trabajaron en la Historia de la Biblia, sin exceptuar la del R. P. Alexandro? ¿Hay siquiera uno de estos Autores que no refiera muchos hechos ó circunstancias sin la caución de Escritores originales? Porque suponemos con razon que no han dicho nada que no dimanase de alguna fuente, aunque no siempre la hayan individuado.

Pero aun quando nuestros Sabios se resolvieran á abandonar todas estas adiciones mas bien que su principio favorito, y á proibir las como fábulas en virtud de esta regla que miran como el fundamento de toda su crítica; yo no sé como dexarán de verse precisados á poner entre las tradiciones populares y los cuentos hechos para divertirse, una infinidad de cosas que los Padres de la Iglesia nos han dicho tocante á la Historia del Viejo Testamento; sucesos que no se hallan en la Biblia, ni están apoyados con el testimonio de Autores contemporaneos. No tratamos aquí de las interpretaciones que los Santos Doctores han dado á la Escritura, ni de los sentidos diferentes que sacaron del texto, ni de las explicaciones y reflexiones morales con que procuraron declarar lo que estaba difícil, é instruirnos; hablamos de aquellos hechos históricos, ó de aquellas circunstancias que no se pueden saber sin el socorro del mismo texto ó de testigos dignos de fe.

¿Se puede leer el Tratado de la vida de los Profetas que nos dexó San Epifanio, y la obra de San Isidoro de Sevilla del nacimiento y muerte de los Patriarcas, sin conocer que estos Santos Padres refieren muchos hechos que conciernen al Viejo Testamento, de que no se hace mención en



el Texto sagrado, ni se halla cosa alguna en los Autores que precedieron la venida de Jesuchristo? Luego será forzoso, según el gran principio de nuestros Críticos, mirar todo lo que dicen estos dos Padres en este asunto, como unas narraciones fabulosas.

## §. II.

*Si se hubiera de estar á este principio, se arruinaría una parte de la Historia de la Iglesia.*

**N**O serían necesarios volúmenes tan gruesos para contener la Historia de la Iglesia, si según el sistema de nuestros Sabios no se hubiera de contar por prueba mas que el testimonio de los Escritores originales. Sería preciso desechar entre los hechos que no merecen crédito, lo que sucedió desde la encarnacion hasta la muerte de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y que nos han referido los Autores que vivieron despues de la mitad del tercer siglo, que no se halla en el Nuevo Testamento, ó que no está apoyado con el testimonio de los Padres que escribieron ántes de este tiempo. Lo mismo se pudiera decir de muchos sucesos notables que hubo en la Iglesia desde el martirio de San Pedro y San Pablo hasta el fin de los tiempos Apostólicos, y que conservaron á la posteridad los Santos Doctores que florecieron despues del principio del quarto siglo, de lo qual no hicieron mencion sus antecesores.

¿Qué huecos no se hallarian en la Historia de la Iglesia á ser este principio tan sólido como se pretende? ¿Quantas circunstancias concernientes á la vida de la sagrada Virgen, de San Juan Bautista, de los Apóstoles, de los hombres Apostólicos y de los demas Santos: quantos sucesos que no son ménos útiles para nuestra instruccion que para la edificacion de los Fieles, deberian pasar por fábulas y por tradiciones populares, si nos hubiéramos de ceñir á no admitir mas que lo que estuviera atestiguado por unos Autores que vivieron uno ó dos siglos despues de estos sucesos?

Sería inútil que Eusebio, San Atanasio, San Epifanio, San Basilio, San Gregorio Nazianzeno, San Gregorio Niseno, San Juan Chrisóstomo, San Agustín, San Jerónimo, San Cirilo Jerosolimitano, como tambien el Alexandrino, y tantos otros Padres y célebres Escritores Eclesiásticos hubiesen tomado el trabajo de poner por escrito las preciosas reliquias de tantas palabras memorables, nobles acciones, historias edificativas y piadosas tradiciones que sucedieron desde el siglo primero hasta el suyo, y que solo se habian conservado en la memoria de los Fieles: sería inútil, vuelvo á decir, que tantos hombres grandes hubiesen conservado á la posteridad estas cosas, pues que los sabios Críticos de nuestros días, con el pretexto de reformar la Historia Eclesiástica, debian mirar todo esto como unas fábulas, y no contar por prueba de estos sucesos sino el testimonio de los Autores originales. Es cierto que no se pueden poner en esta clase los Padres que hemos citado respecto de los hechos que sucedieron en el primer siglo y principios del segundo.

Por la misma razon se habrá tambien de despreciar lo que nos cuentan los Autores de los siglos siguientes, como doscientos años despues que sucedieron las cosas; como tambien muchas circunstancias tocante á la vida de los Escritores, de que San Jerónimo, San Isidoro de Sevilla, Sigisberto de Gemblours y Enrique de Gante hacen mencion en sus Catálogos

de los Escritores Eclesiásticos, pues que algunos vivieron mas de doscientos años ántes que estos Bibliotecarios.

¿En qué parará tambien el Martirologio que tiene el nombre de San Jerónimo, los de Beda, de Usuardo, de Adon, de Notker y otros muchos? ¿De quantos Santos hablaron estos Autores que vivieron muchos siglos ántes que ellos, y de quienes quizá nadie habia hablado ántes que ellos? ¿Quantos hechos refieren sin dar garante alguno? ¿Estaremos obligados, só pena de pasar por amadores de fábulas, á no contar por prueba el testimonio de todos estos Escritores con el pretexto de que no son originales?

En fin, si la crítica terquea en pretender que todas las historias antiguas de los Santos se juzguen según las leyes de este gran principio, apenas quedará alguna auténtica y sincera. ¿Y no podremos mirar la mayor parte de ellas como unos piadosos romances? Es cierto que ignoramos los Autores de las Actas de muchos Mártires antiguos, y no lo es ménos que las mas no se escribieron hasta muchos siglos despues de su muerte. Lo mismo sucede con la historia de la vida de los Santos: y así si el principio de nuestros Sabios fuera bastante sólido, sería muy poco lo que nos quedara admisible de todos estos preciosos monumentos.

Pero si esta célebre máxima destruye gran parte de la Historia de la Iglesia, ¿no se pudiera decir que ella arruina por los cimientos la autoridad de los Padres de la Iglesia y de los Escritores Eclesiásticos? Porque si estos Santos Doctores afirmaron sin garantías tantos hechos, y se ha de estar á la máxima de nuestros Sabios, no hay mas que uno de estos tres partidos que tomar.

I. O decir que no pudiendo los Padres saber por sí mismos las cosas que sucedieron mucho tiempo ántes que escribieran, y no habiéndolas sacado de Autores mas antiguos, es preciso que las hayan inventado, y tenemos derecho para sospechar que creyeron muy ligeramente los rumores populares.

II. O si nuestros Críticos tienen bastante respeto á estos Santos Doctores, y no quieren hacerlos Autores de estos cuentos forjados de propósito, será preciso que abandonen su principio y que confiesen que no tienen bastante solidez.

III. O en fin se habrá de decir que los Escritores Eclesiásticos recibieron estas cosas por tradicion; y así se habrá de reconocer, que sin pasar por demasiado crédulos, podemos admitir muchas prácticas santas y tradiciones piadosas, aunque solo se hayan puesto por escrito muchos siglos despues de su primer origen.

## §. III.

*Según este principio de nuestros ilustres Críticos, se habrán de cercenar de sus obras muchos hechos históricos.*

**E**S un método que no podrán aprobar las personas de juicio, dar unas reglas excelentes y no observar ninguna; establecer en un Prefacio grandes principios y olvidarlos en el cuerpo del libro. No hay cosa que tanto preocupe á un Lector como leer á la frente de una obra estas palabras que deslumbran. «Yo solo cuento por pruebas los testimonios de los Autores originales: esto es, que escribieron en el mismo tiempo, ó poco despues; porque la memoria de los hechos no puede conservarse mu-



«cuyo tiempo sin que se escriba, mucho será que se extienda hasta un siglo. «Los hechos que pasan por muchos grados no tienen la misma seguridad, «cada uno les añade algo aun sin pensar. Lo mismo, á proporcion, suce- «de con los Autores que escribieron unos sucesos mas antiguos que ellos «de muchos siglos: si no citan los Autores, tenemos derecho para sospechar «que creyeron muy ligeramente los rumores populares.»

Si se hubiera de recibir sin exámen lo que los Señores de Tillemont, Baillet, Dupin y algunos otros Sabios dicen con tanta seguridad, que se debe despreciar todo lo que no está apoyado con el testimonio de un Autor contemporáneo, nos persuadiríamos fácilmente que estos hábiles Críticos no afirmaron nada en sus obras que no se conformara con esta regla; pero si se hubieran de quitar de sus escritos todos los hechos históricos que no están atestiguados por Autores originales, se hallaria un número, muy crecido que no pudiéramos excusarnos de poner entre las narraciones fabulosas y los rumores populares.

Si tomáramos el trabajo de recorrer lo que los Señores de Launoy, Tillemont, Baillet, Thiers, los RR. PP. Tomasino, Mabillon, Alexandro y los demas han escrito en orden á la Historia de la Iglesia, Actas de los Mártires antiguos y Vidas de Santos, ¿qué vacíos no vieramos en sus obras, si se ha de tener por fábula todo lo que no viene de Autores contemporáneos? Hemos referido tantos exemplos en otro lugar, que sería inútil añadir otros nuevos. Solamente diré, que M. de Tillemont, y lo mismo se puede decir de los otros sabios Críticos, en el primer tomo de sus Memorias Eclesiásticas, que no llega mas que hasta la muerte de los Apóstoles, fundan una multitud de sucesos históricos en el testimonio de Autores que vivieron mas de dos, tres, quatro, cinco y aun seis siglos despues de estos sucesos. ¿No pedía la exactitud casi inimitable de este grande hombre que quitara de sus memorias Eclesiásticas todas estas relaciones, ó que renunciara su principio?

Que se ponga la vista en la Historia Eclesiástica de M. el Abad de Fleuri, y que se examinen el primero y segundo libro del primer tomo, que no contienen mas que lo que sucedió en el espacio de setenta años: esto es, desde la ascension de Jesuchristo hasta el Imperio de Trajano; y se podrán contar en ellos muchos sucesos que no tienen mas garantes que unos Autores que escribieron en el quarto siglo y en los siguientes. Esto mismo, á proporcion, se puede decir de los demas libros de la Historia de este sabio Abad. ¿Estará obligado á quitar de su Historia tantos hechos importantes, tantas Actas de Mártires antiguos, y tantas Vidas de Santos que ocupan una parte considerable de ella, y no la ménos brillante, ó á abandonar su regla? En esto no hay medio, porque si el testimonio de estos Autores Eclesiásticos no se debe contar por prueba, pues que no son originales, tendremos derecho para sospechar que creyeron muy ligeramente los rumores populares. ¿Y con qué ojos vería este Abad á su Historia que es tenida por tan arreglada, tan axácta y tan juiciosa, llena de tantos sucesos fabulosos?

Hist. Ecles. Pref.

Yo bien sé que el Abad Fleuri pretende que Eusebio hace veces de original para los tres siglos primeros, porque tenía muchos escritos que ya no existen, de los quales muchas veces refiere las mismas palabras: y por los que nos han quedado echamos de ver que cita fielmente. ¿Se sigue acaso de este razonamiento que los otros Escritores Eclesiásticos contemporáneos de Eusebio, ó que vivieron poco despues, no son originales? Si son originales, ¿porqué concede este privilegio á solo Eusebio? Si no son originales, ¿porqué los cita para establecer unos hechos que sucedieron en el siglo pri-

mero? Luego todo lo que refieren de aquel tiempo se habrá de mirar como unos rumores populares si no dan algunos garantes de ello.

Pero á mas de que este Abad es muy advertido, para que adopte todo lo que cuenta Eusebio, y que no negará que este Historiador cometió muchas faltas, que los Sabios le echan en cara, y de que no á pido justificarlo el Presidente Cousin, ¿no es cierto que Eusebio no cita siempre? Yo confieso que quando Eusebio citó sus fiadores, no dexó el Abad Fleuri de añadirlo en sus citas marginales: ¿Pero quantos otros lugares alega en que Eusebio no cita á sus Autores? ¿Pues porqué no será permitido sospechar que Eusebio creyó muy ligeramente estas narraciones?

Dirán que se ha de considerar que Eusebio cita fielmente y quando un Autor grave nombra los Autores mas antiguos de donde sacó lo que cuenta, se le debe creer aunque los Autores mas antiguos se bayan perdido. Esta reflexion es muy justa. Pero quando Eusebio no cita, como sucede en los mas de los hechos que refiere nuestro sabio Abad, ¿tendremos derecho para sospechar que Eusebio creyó muy ligeramente? ¿Y de quantas cosas se habrian de despojar los dos primeros libros de la Historia Eclesiástica del Abad Fleuri, por no decir nada de los otros?

idem ibid.

Aunque Eusebio citara fielmente quando nombra á sus garantes, ¿quien saldrá por fiador de que no cuenta muchas cosas por unos rumores confusos quando no cita? Pues en algunas ocasiones en que cita no está libre de fábulas, como lo reconocen algunos Sabios. Preguntamos tambien al Abad Fleuri ¿porqué nos debemos asegurar con el testimonio de Eusebio para los hechos que sucedieron en el primer siglo, y no se concederá el mismo privilegio á San Cirilo Jerosolimitano, á San Cirilo Alexandrino, á San Basilio, á San Gregorio Nazianzeno, á San Juan Chrisóstomo, á San Agustín, á San Ambrosio, á San Gerónimo, y á otros muchos que vivieron por el mismo tiempo ó poco despues? Si es porque se conocó que Eusebio tenía buen gusto, mucha discrecion, y que era enemigo de fábulas, no tenemos que reponer mas que una palabra: conviene á saber, que si estas buenas calidades nos pueden asegurar de lo que él cuenta, aun quando no cita, y que los otros Padres están privados de estas ventajas, y por consiguiente no se puede contar con su testimonio quando no alegan los Autores mas antiguos: estamos persuadidos de que nuestro sabio Abad es muy llegado á la razon para no confesar que será preciso cercenar de su Historia todos los hechos históricos que solo están atestiguados por los Padres que acabamos de nombrar. En esto viene á parar, á lo que me parece, el principio favorito de nuestros hábiles Críticos.